

La Santa de los Desamparados

Adamas Parvata



Capítulo 1

El encuentro casual que marca el cambio en los acontecimientos de una historia, se dio para él mientras volaba en un avión ultra moderno hacia Nueva Delhi. Era el momento preciso en el que por la escotilla del avión se observaba hacia el oeste, en el horizonte, la abrumadora presencia de la oscuridad que lo va absorbiendo todo, la victoria de la noche sobre el día. No hacía mucho tiempo que habían despegado, la cena aún no la servían, y su estado de ánimo no se encontraba dispuesto para recaer en alguno de los entretenimientos sugeridos por la programación de la aeronave. Prefería tener la mente divagando en los múltiples asuntos que le esperaban en el país asiático. Su tarea era sencilla, tomar un transporte desde Delhi hasta Manali, obtener los permisos respectivos en la oficina de la ciudad, encontrar un arquitecto o albañil para la obra, comprar los materiales y comprobar que la misma quedara terminada. Si todo resultaba como lo planeado, en poco más de dos semanas estaría de nuevo en casa.

No sabía que en ese mismo instante, aunque varios puestos detrás, el hambre de un bebé desencadenaba acciones que cambiarían el rumbo de su historia. Siendo la primera vez que volaba, y no habiendo dormido todo el día gracias al ajetreo de su madre, su naturaleza instintiva lo hacía estallar en llanto, provocando caras largas en los hombres de negocio, reclamos de mujeres susurrados a los oídos de sus esposos, e incremento del volumen en los auriculares de jóvenes ensimismados en su mundo virtual. Era el reclamo justificado de un pequeño sin otra posibilidad para llamar la atención; de haber sabido que con un sencillo movimiento, una mujer se acercaría a satisfacer su requerimiento alimenticio, en lugar del llanto, su dedo índice se hubiera levantado para alcanzar el botón. El mismo movimiento del dedo angular, que al escucharlo llorar, hizo el hombre en el asiento posterior.

Aquel hombre vestido con sencillez, sin mayores detalles que delataran una nacionalidad, un individuo pequeño de aproximadamente setenta años, entrecano, dotado de un aire de seriedad con el que se lo percibía respetable y a la vez confiable, llevaba en sus manos una libreta negra, algo desgastada, donde al parecer tenía apuntados algunos párrafos, que releía y continuaba. Prestaba poca atención a su entorno, dedicado en última instancia a dibujar algo que parecía ser la trompa de un elefante. Solo tras llamar a la azafata y ésta regresar con una propuesta, se desatendió de su gráfico, cerró su libreta negra algo desgastada, y al levantarse, previamente a seguirla hacia adelante, hizo un gesto al pequeño con el que por un instante se calló, para nuevamente al poco rato volver a llorar. Unos minutos después, ya lejos del llanto del bebé y colocado el cinturón de seguridad, resuelto a retomar las hojas de su libreta, intercambió un segundo gesto, esta vez de cordialidad, con el hombre en el asiento de su lado izquierdo, junto a la ventana, solo como

paso previo antes de continuar cada uno en sus asuntos particulares.

.
. .
.

Ya cuéntanos como te fue Maritza, mira que nos empezamos a desesperar... ¿Qué te pasó por allá?

.
. .
.

Después de la cena, el hombre junto a la ventana, de nombre Rodrigo Duarte, extrajo de su billetera la fotografía algo desgastada de una muchacha. Tranquilamente la colocó frente a sí, ante el espaldar del asiento anterior, sosteniéndola fijamente con ambas manos. La atención que le prestaba no le permitió percatarse de que a su lado, el otro hombre, de apellido Khan, lo contemplaba disimuladamente, sin mencionar palabra. Su libreta la había guardado a la llegada de la cena, y al parecer, una vez terminada, no tenía interés en retomarla. Le parecía más interesante la escena de aquel hombre completamente abstraído ante una imagen, por lo que apenas éste se distrajo para devolver la bandeja a la azafata, se decidió a preguntarle, en un inglés fluido, si la muchacha de la fotografía era su hija y si la extrañaba.

Perplejo ante la pregunta del desconocido, no por el idioma, sino por lo poco dispuesto a dialogar que se encontraba, le respondió tras una prolongada pausa, que no era su hija. Es nuestra Santa -le dijo fijándose en los detalles que acompañaban al hombre-, se llama Maritza. La veneramos en el pueblo del que yo provengo, en Ecuador, en Sudamérica.

Ah, una Santa -dijo en tono pensativo, mirando hacia la ventana. Como los Sadhu, pero en mujer. ¿También se unta el cuerpo con ceniza? ¿La puedo ver?

¿Sadhu? Desconozco lo que es un Sadhu en mujer. Es una Santa, canonizada por el Papa Francisco III en el Vaticano. Como Narciza de Jesús, Francisco de Asís, Teresa de Jesús.

Es una muchacha simpática, muy joven, no debe de tener más de veinticinco años. ¿Por qué no la trajo? Si es Santa la llevaría a que visite Varanasi, es nuestra ciudad más sagrada; yo la llamo la ciudad humeante.

¿Usted piensa visitarla? Si no lo ha pensado, debería, especialmente por lo de su Santa. Aunque bueno, no se lo he preguntado, ¿cuáles son sus planes en India?

.

.

.

¡Bendito sea Dios Maritza! ¿Cómo te pudo pasar hija mía? ¡Gracias a todos los Santos que te tenemos de regreso! ¡Ese tuvo que ser un ángel, un ángel caído del cielo para tu protección!

.

.

.

Le devolvió la fotografía y él la miró por última vez antes de guardarla nuevamente en el lugar en el que la llevaba. Reconoció que no podría reflexionar más tiempo acerca de sus asuntos personales, y que al contrario, una larga conversación era lo que le esperaba hasta llegar a la capital india. Se acomodó en el asiento, y al pasar nuevamente la azafata, le solicitó una pequeña botella de vino, de esas personales, de una marca española poco conocida. Cuénteme más sobre esa ciudad que dice, Varanasi ¿verdad?, por qué la llama la ciudad humeante, y ¿qué la hace sagrada?

Preferiría no contárselo y que lo viera por sí mismo. Si desea, al llegar puede hospedarse en mi casa. Ya estando cómodos buscaremos un tren a Varanasi, tengo varios días libres que puedo utilizar para acompañarlo. No tengo conocimiento de sus planes en India, pero sería un gusto poder ayudarlo y mostrarle al menos algo de nuestra cultura.

Debo llegar al norte, a Manali. Necesito contratar un constructor para una pequeña obra, y obtener los permisos de la oficina de la ciudad. Mi vuelo de regreso lo tengo para dentro de quince días.

¡No lo creo! Dígame algo, ¿usted cree en la casualidad? Tengo un hermano que vive en Manali y toda su vida se ha dedicado a la construcción, él podría ayudarlo. Sobre los permisos seguro que también sabe cómo darle una mano. No lo piense más, vayamos a que conozca Varanasi y luego yo lo acompañe a Manali. Mire que India puede ser un país difícil de manejar, ya se habrá usted enterado acerca del tránsito, de la comida, de la cantidad de gente que circula por todo lugar. Y vaya a ver quién lo libra cuando se le acerquen los vendedores ambulantes o los

hombres de los Tuk-Tuk. Créame que va a apreciar tener a su lado un guía personal. Algo hay en usted que me inspira confianza y me dice que debo ayudarlo.

.

.

.

Usted cree abuelita, ¿un ángel? Bueno, la verdad es que nunca más lo volví a ver; desapareció, y tampoco en el pueblo alguien supo de quien yo hablaba.

.

.

.

Permanecieron un largo rato en silencio, Rodrigo Duarte meditando la propuesta de Khan, y este último navegando sin mucho interés por la pantalla frente a sí. El tiempo restante del vuelo lo pasaron tratando sobre asuntos generales diversos, propios de dos hombres de avanzada edad, desconocidos previamente, provenientes de dos continentes diametralmente opuestos, aunque poco importan esos temas en esta historia; dirijámonos por lo tanto directamente al aeropuerto de Delhi, donde el señor Khan esperaba a que Rodrigo Duarte se desatendiera de la banda del equipaje. Dada la similitud de edades y la fluidez de la charla, habían establecido una pequeña amistad, que para cualquier observador extraño, bien podría haber pasado como una relación de varios años.

Así fue que, ya fuera por la insistencia del señor Khan, propia de los ciudadanos indios, ya por su generosidad al invitarlo, o más seguramente tentado por ese pensamiento de que en ocasiones es mejor aceptar las casualidades que descarrían los planes, y que demuestran lo absurdo de preocuparse por el futuro con demasiada antelación y ansiedad, de pronto se vio embarcado en un taxi con dirección a Children's Park, completamente al lado opuesto del lugar donde había tenido pensado instalarse.

Pronto se dio cuenta de lo que Piyush Khan le había mencionado y agradeció no ser un solitario de aspecto extranjero transitando por las calles de Delhi, esperando cupo para el vagón de tren. Gracias a los contactos de Khan viajaron al día siguiente hacia Varanasi en primera clase, con cama donde dormir. Llegaron después de 16 o 18 horas, y de

inmediato se percató de que era una ciudad especial.

A orillas del río Ganges comprendió a simple vista porque Khan la denominaba como la ciudad humeante. En un solo día pudo contar por sí mismo cinco cadáveres siendo incinerados en los rituales de purificación, y se enteró por medio de su amigo de que en promedio entre 60 y 70 se incineraban por día en cada Ghat, siendo sus cenizas esparcidas en el río. Y eso que no se cuentan los que no se incineran y se arrojan directamente -le dijo mientras observaban atentos el ritual. Las familias que no cuentan con los recursos suficientes para el proceso lo hacen así. Yo no lo he visto para confirmarlo, pero es lo que se dice. Este que ves aquí es el río sagrado del hinduismo. ¿Alcanzas a ver toda esa gente sumergiéndose en sus aguas? Es parte del ritual de purificación.

.

.

.

Yo también creo que fue un ángel doña Raquel. Su nieta tiene un don especial, es una muchacha buena. Qué bendecida eres Maritza.

.

.

.

¡Pero ese río debe de estar muy contaminado como para bañarse en él!

De hecho lo está, pero el baño es parte de las creencias, es agua bendita para esa gente.

¿No lo es para ti Piyush?

En algún momento lo fue, años atrás. Yo también provengo de una familia de creencias hinduistas. En mi casa teníamos un pequeño templo donde adorar a Shiva, a Parvati, a Ganesha. Y yo era fiel en mis creencias, seguía los pasos de mis padres. De pequeño también me trajeron a purificar en estas aguas. De niño uno solo hace lo que los mayores dicen que es correcto, no tiene el conocimiento necesario para reflexionar. Solo con la edad me empecé a alejar. Otra parte de mi familia adoraba a Brahma o Vishnu, algunos seguían a Budha y unos pocos amigos adoraban a Alá. Fue entonces cuando empecé a interesarme por las historias de cada deidad y me di cuenta de que mucha gente desconocía en esencia todo lo que está detrás. Mis padres incluso desconocían toda la historia de Shiva o de Ganesha, y lo mismo el resto de la gente. Cuando

estudias estas religiones y comparas sus historias, las creencias, te das cuenta de que todas son invenciones creadas hace mucho tiempo. Pero fueron tan bien estructuradas, sus símbolos y rituales tan bien establecidos, que han perdurado por siglos en las costumbres de los pueblos, y ya nadie duda de ellas, ni siquiera se preguntan acerca de su validez como modelos a seguir. O por qué seguir la una y no la otra, o una combinación de varias, o algo totalmente distinto.

En eso concuerdo contigo. Por ejemplo, no me parece prudente que la gente se bañe en este río tan contaminado, solo por aducir a una purificación. Y ese dios Ganesha... un dios con cuerpo de hombre, cara de elefante y cuatro brazos. Es difícil entender como hay gente que cree en algo así.

Recuerda que son dioses Rodrigo, son omnipotentes, supremos, tienen la facultad de hacer lo que el resto de mortales no. Un dios del que fuéramos imagen y semejanza sería menos dios que uno con cabeza de elefante, o uno de color azul, no crees. Sería más parecido a los hombres que a los dioses. Yo sé que tú provienes de un país con creencias diferentes, que desconozco, pero te aseguro que de indagar profundamente en ellas, descubriría que al igual que aquí, todo es simplemente parte de una buena historia creada muchísimo tiempo atrás.

Iba a seguir explayándose en el tema cuando una campanada dio inicio a un ritual con candelabros encendidos, flores de colores, música e incienso frente al río, protagonizado por cuatro adolescentes en ropajes de color amarillo y naranja. Se trataba de un ritual en honor a Shiva, que los hizo a ambos olvidarse por completo de su charla y pasar posteriormente a otro asunto. Lo que restaba de esa noche y los dos días siguientes, se dedicaron simplemente a caminar por las intrincadas calles de la ciudad, sortear los obstáculos y el tránsito, y soportar el ruido de las motos y la humareda de la incineración de los muertos, la basura y el olor a excremento vacuno.

.

.

.

¿Se acuerda usted de Maritza doña Felicia? La nieta de doña Raquel, a la que se le apareció el angelito. Se ha puesto muy enferma, dicen que ya se va. Es una lástima, es muy joven para morir, esa chica es tan bendita.

.

Recuerdo con gran detalle aquel día. Hacía frío, nevaba. Habíamos salido de Delhi la tarde anterior, a la hora del ocaso. Lo recuerdo por la puesta de sol; brillaba como un planeta solitario, completamente naranja. Más que nada me llamó la atención su perfecta redondez, y ese color que se reflejaba en una efigie de Shiva y Parvati. Un monumento gigante, como el de Quil y Guayas que tenemos a la entrada de Guayaquil. Y eso que Quil y Guayas no son dioses, como Shiva y Parvati.

Sí, recuerdo el frío, porque llevábamos los abrigos puestos. Gorros de lana, bufanda, incluso guantes. Fue una suerte que los hubiéramos llevado, la ciudad estaba helada, completamente blancas las montañas, así como solíamos ver en los libros de cuentos de navidad. O quizás no eran cuentos de navidad, quizás en alguna película de hadas. Pero nos maravillaba. Ustedes saben que no soy exagerada, que cuando digo algo es porque recuerdo ampliamente los detalles: los colores, las plantas, los rostros, los animales. Llegamos temprano por la mañana y todos prefirieron quedarse en el hotel para descansar. Pero yo me encontraba con una energía agobiante que debía utilizar en algo, menos en dormir. Y afuera la ciudad encantaba, la gente empezaba a caminar en las calles, las tiendas abrían y se vendían los primeros vasitos de té. Solo se lo dije a Laura, y ella me dijo no Maritza, no vayas sola, pero no le hice caso y me fui. Sé que fue irresponsable de mi parte, pero la ciudad ofrecía tanta paz que simplemente no me preocupé, me dejé ir. Al principio no tuve ningún problema, caminé con naturalidad por entre las personas. Todos me saludaban, me sonreían al pasar. Me gustaba esa sensación y ese calor de la gente, pero quería alejarme un poco y tener el gusto de por primera vez sentir una gran capa de nieve bajo mis pies. Así que poco a poco me fui alejando de la vía principal hacia la dirección opuesta a la salida del sol. Recuerdo haber atravesado frente a un templo budista y luego caminado por senderos de piedra como los de una villa rural. Ahí las personas eran diferentes, sus facciones más locales, las mujeres cargaban grandes rocas sobre unas maderas a sus espaldas. Pero igualmente me sonreían al pasar, era un lugar agradable. Veía la nieve muy cerca y seguí hasta dejar el sendero y las casas atrás. Llegué hasta una cuesta y la empecé a subir, ya tocaba la nieve, completamente blanca, helada. Ya ni siquiera sentía el viento, simplemente caminaba, contemplaba el paisaje, extasiada. Poco tiempo después escuché un estruendo, vi una capa blanca que me golpeaba y enseguida un frío incesante, solo oscuridad, me había cubierto una avalancha. Fue todo tan rápido, sentí miedo, desesperación, lo único que deseaba era salir, recuperar el aliento, el calor. Pero no podía, estaba atrapada. No sé qué sucedió después ni cuánto tiempo pasó hasta que sentí el resplandor de una luz y el rostro de aquel chico apareció. No recuerdo más, únicamente despertar en un templo, rodeada

de monjes y de todas mis amigas.

.
. .
.

¿Se enteró de la última noticia doña Felicia? Dicen que el espíritu de Maritza se le apareció a Juan del Campo y lo acompañó hasta que lo encontraron, vivo. ¿Recuerda que se había perdido allá por las montañas hace varios días? Lo encontraron flaquísimo...en una quebrada. Él afirma que ella estuvo ahí.

.
. .
.

En Manali la nieve aún permanecía en los picos de las montañas cercanas, pero el calor empezaba a sentirse con mayor intensidad. Pasado el mediodía, luego de un almuerzo ligero, un postre de chocolate y un vaso de té, tomado en la cafetería de un ciudadano nepalí, fueron a reunirse con Kabel, el hermano de Piyush Khan. Se encontraba fuera de su casa, sentado sobre el muro que daba al sendero de llegada, abstraído observando a la distancia. Se notaba que era menor que Khan, de alrededor de sesenta y cinco años, fornido y quizás un poco más alto que él. Cuando los vio su rostro se iluminó y una sonrisa gigante remplazó ese estado de abstracción en el que se encontraba. Hacía varios años que no veía a su hermano en persona, por lo que su reacción fue de completa emoción.

Se saludaron con un fuerte abrazo y Rodrigo Duarte fue presentado. Un amigo ecuatoriano Kabel, Rodrigo Duarte, hemos venido desde Varanasi a terminar un asunto importante. Aquí mi amigo quiere encomendarte una tarea de construcción, un pequeño monumento, un altar para una Santa de su país. Tiene listos todos los permisos, ya se ha definido el lugar y los materiales los acabamos de comprar. Sé que tú puedes ayudarlo.

Será un gusto señor Rodrigo, un amigo de mi hermano es para mí como mi propio amigo. ¿Qué es exactamente lo que quiere que haga por usted?

Inmediatamente, luego de saludarlo, Rodrigo Duarte tomó la billetera de su bolsillo y obtuvo la fotografía, algo desgastada, de su Santa. Es ella - dijo-, Maritza, la Santa de los desamparados, entregándole la imagen. Al instante, como si la nieve se hubiera apoderado de su piel, el rostro de Kabel se tornó blanco como los picos de las montañas, palideció, no pudo

pronunciar palabra y simplemente se la quedó mirando por un largo rato.

Es ella -dijo-, jamás podré olvidar un rostro como aquel, esa mirada. Sus dos interlocutores lo escuchaban asombrados. Era imposible que él, tantos años después, conociera a la muchacha. Sí -dijo-, retomando nuevamente el hilo de su historia. La vi desde que empezó a transitar por este mismo sendero. Me pareció extraño que una chica extranjera caminara sola por aquí. Aunque no fuera riesgoso, era algo que no se veía, por aquí solo transita gente local. Vi que tomaba la dirección a la colina y algo en mi intuición me obligó a levantarme y la seguí. Fui prudente, no la quería asustar y por eso iba a cierta distancia. Se veía tan linda caminando por la nieve, su ropa contrastando con la blancura del lugar. Yo era muy joven, tímido, no quería aproximarme demasiado ni que notara que estaba ahí, me escabullía entre los árboles. Estoy seguro que de no haberla acompañado habría muerto allá arriba. No sé qué pasó aquel día, no son comunes las avalanchas aquí. Fue repentina, no muy grande, pero suficiente para taparla. Tuve que actuar de inmediato, subí a prisa hasta el lugar en el que se encontraba y empecé a descubrir las capas de nieve acumulada. Cuántos minutos pasaron hasta que logré abrir un espacio y ver su rostro, lo desconozco, se veía cansada, temerosa. Me miró apenas unos segundos y se desvaneció. Seguí descubriendo la nieve hasta liberarla, la subí a mis hombros y descendí. Pero tenía miedo de lo que pensarán en mi casa, o la gente en el pueblo. ¿Un muchacho joven bajando desde el bosque con una mujer extranjera desmayada en sus hombros? Se imaginan. Traté de evitar los lugares concurridos y lo que se me ocurrió fue dejarla a la puerta del templo budista que hay en la ciudad y desaparecer. Sabía que los monjes se podrían encargar de ella de mejor manera de lo que yo podría. No supe qué hicieron con ella pero me alegré al verla días después cuando pasaba en medio de su grupo, abandonando la ciudad. Fue un alivio verla tan bien, alegre, radiante, feliz. Jamás supe su nombre ni su país de origen. Tampoco se lo pregunté a nadie, simplemente la guardé en mi memoria y la conservo hasta el día de hoy. ¡Maritza!, me hubiera encantado conocerla un poco más.

.

.

.

¿Ya se enteró doña Clemencia? El día de hoy el Papa Francisco III va a canonizar a Maritza, la joven que acompaña a los desamparados. Al fin la tendremos como Santa.

.

.

.

Le aseguro que será un gusto para mí construir el altar señor Rodrigo. Si desea esta misma tarde podemos empezar.